



DE LA MANO DE... LILIANA CINETTO

Ilustraciones: Alejandra Viacava



EDITORIAL HOLA CHICOS
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar
www.holachicos.com.ar

DE LA MANO DE LILIANA CINETTO

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich
Ilustraciones: Alejandra Viacava

ISBN: 978-987-8450-43-8

Producción realizada por Pausa Impresores.
Marzo 2023

Cinetto, Liliana

De la mano de Liliana Cinetto / Liliana Cinetto ; ilustrado por Alejandra Viacava. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2023.
64 p. : il. ; 21 x 15 cm. - (De la mano de... / 2)

ISBN 978-987-8450-43-8

1. Cuentos. 2. Poesía. 3. Autobiografías. I. Viacava, Alejandra, ilus. II. Título.
CDD A863.9282

© 2023 Hola Chicos S.R.L.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

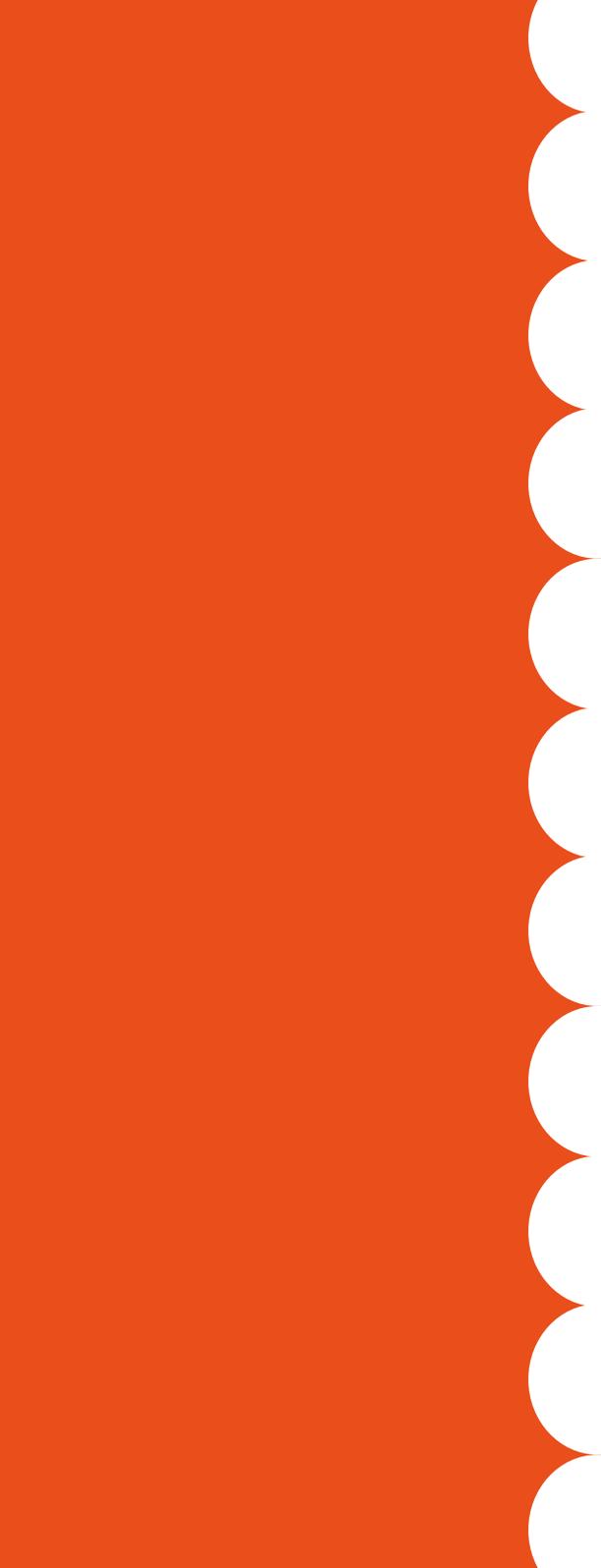


ÍNDICE

El zapato	7
Sueño	11
Los pingüinos	19
Arnoldo, el espantájaros	23
El gato	29
El viaje de la gota	33
El zapato	35
Las semillas traviesas	39
Arquímedes	43
Las hormigas	49
Autobiografía	53

EL ZAPATO





Había quedado en el fondo del ropero. En el rincón más oscuro. Debajo de dos blusas viejas, varias medias enredadas, un pulóver masticado por la polilla y unas zapatillas desflecadas. Cuando llegó la primavera, alguien decidió hacer limpieza y acomodar la ropa amontonada. Y lo encontraron a él. Solito estaba, porque su compañero había desaparecido quién sabe cuándo. Y como un zapato solo no sirve para nada, lo dejaron a un costado.

Y al pobre zapato se le arrugaron los cordones de la tristeza. Seguramente iban a tirarlo y ya no podría andar por la calle y pasear. Por eso, se fue despacito hasta el balcón para despedirse de la calle. Allí lo encontró la abuela, justo cuando iba a sembrar unas margaritas.

“¡Qué maceta rara!”, pensó la abuela, mientras llenaba el zapato con tierra y plantaba las semillas.

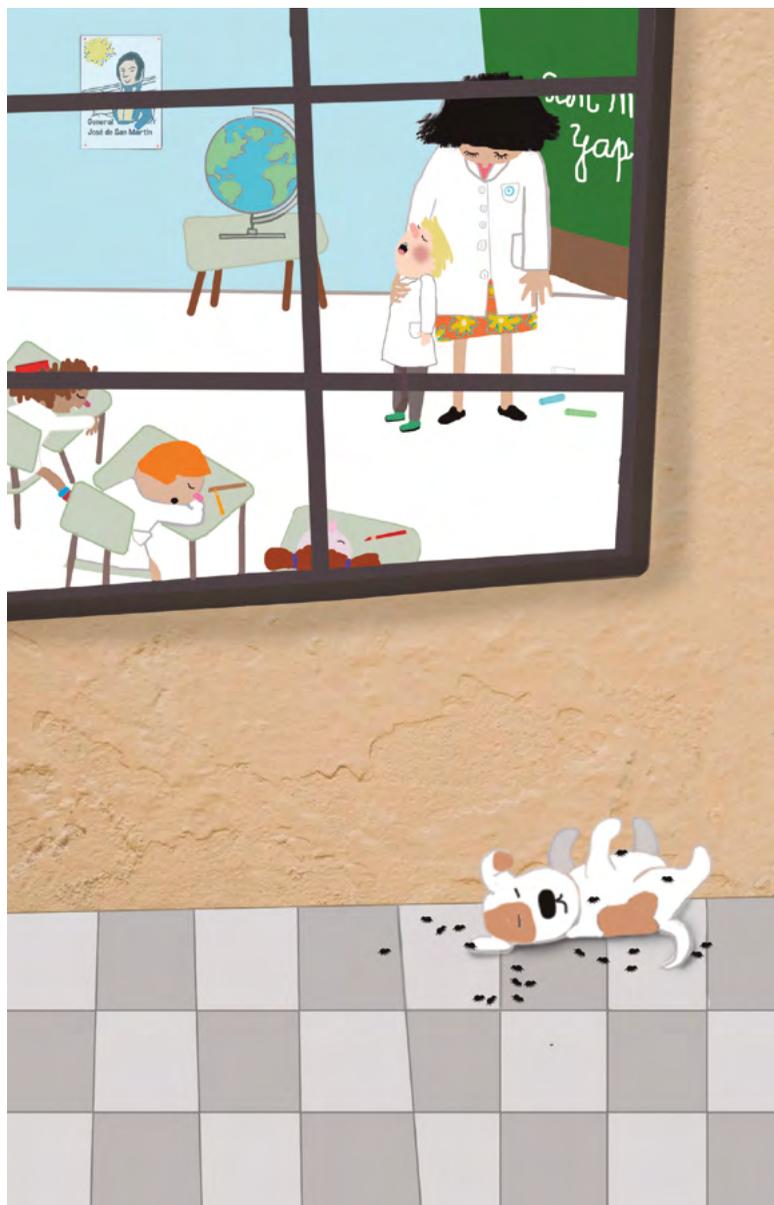
Ahora el zapato vive en el balcón. Aunque no puede salir a pasear, es feliz. Porque desde el balcón ve todo lo que pasa en la calle y porque hace poco le han florecido las margaritas.



SUEÑO



El primero en dormirse fue el gallo. Justo en medio del “quiquiriquí” con el que todas las mañanas despertaba al pueblo. Las gallinas lo encontraron roncando, paradito en la cerca, con la cresta despeinada. Pero no fue el único, ¡qué va! Enseguidita se durmió una abuela, que acababa de levantarse para preparar el desayuno. Se quedó de pie, en la cocina, con el mate en una mano y la pava en la otra, masticando una medialuna y cabeceando. Y al rato se durmieron el nieto de la abuela, el vecino de al lado, el que tenía enfrente un negocio, una señora de la otra cuadra, el gato de esa señora, la prima y un pariente lejano, las pulgas del perro (cosa que al perro lo puso muy contento). Todos se iban durmiendo. De repente. Así como así.



Lo peor fue cuando se durmió el policía que estaba en la esquina dirigiendo el tránsito.

–¡Oiga! –le gritaban desde los autos de atrás que no avanzaban–. Hace media hora que están pasando los del otro lado.

El policía no respondió, por supuesto. Dormía como un tronco. Lo mismo pasaba en otros lados. Como en la escuela, donde la maestra tampoco les contestó a sus alumnos porque se durmió contra el pizarrón, mientras explicaba la tarea de Matemáticas. Y eso que los chicos la zamarrearón del guardapolvo.

Las cosas se fueron agravando a lo largo del día. El verdulero se durmió arriba del cajón de los tomates y de la radicheta. El panadero se durmió en el momento en que metía las flautitas en el horno. El cartero se durmió cuando repartía la correspondencia que acababa de sacar del buzón. El vendedor de zapatos se durmió al probar una sandalia dorada, número 38, en un pie

izquierdo. La peluquera se durmió justo cuando hacía una trenza. El cajero del banco se durmió mientras le pagaba un cheque a un cliente y los que hacían la fila para que los atendiera también se quedaron fritos, abrazados unos a otros. El colmo fue que, en el hospital, el doctor que revisaba a los pacientes afectados por el ataque de sueño también se quedó dormido, en una camilla, con el termómetro en la boca.

Hasta el canillita se durmió cuando salió la edición vespertina del periódico y él gritaba:

–Extra, extra, epidemia de sueñ...

Al día siguiente, los dormilones aumentaron. Las autoridades tomaron medidas drásticas IN-ME-DIA-TA-MEN-TE. Prohibieron los camisones, los pijamas, el té de tilo, las canciones de cuna como “Duérmase, mi niño, duérmase, mi amor”, además de confiscar todas las almohadas y los colchones del pueblo. Pero no dio resultado. La gente seguía quedándose dormida en cualquier momento y

en cualquier lugar. En la ducha, sobre el plato de sopa, mientras cantaban el “Feliz cumpleaños” y apagaban las velitas, haciendo la vertical...

Todos estaban preocupadísimos. Bueno, todos no. Solamente los que lograban mantenerse con los ojos abiertos y sin bostezar. Los demás dormían a pata suelta. Y no dormían una siestita corta. No, señor. Dormían días y días y días... Y ni siquiera había manera de despertarlos. Ni con relojes estridentes ni golpeándoles un bombo en la oreja ni tirándoles una palangana llena de agua fría.

En la ciudad solo se oía un concierto de ronquidos desafinados que quebraba el silencio. Los pocos que quedaban despiertos se preguntaban qué podían hacer.

“¿Y si se duermen cien años como pasó en el cuento de la Bella durmiente?”.

Por suerte, no durmieron cien años. Ni siquiera uno. Días más tarde, la epidemia de

sueño se pasó. Así como así, de repente, igual que había llegado.

–Debe haber sido un virus –explicó el doctor, cuando abrió los ojos y se sacó el termómetro de la boca mientras los demás iban despertándose.

Porque se despertaron todos: el gallo, la abuela, su nieto, el vecino de al lado, el que tenía enfrente un negocio, una señora de la otra cuadra, el gato de esa señora, la prima y un pariente lejano, el policía, la maestra, el verdulero, el panadero, el cartero, el vendedor de zapatos, la peluquera, el cajero del banco y sus clientes. Bueno, todos se despertaron, incluso las pulgas del perro (cosa que al perro por supuesto, no le causó ninguna gracia).

LOS PINGÜINOS



Por toboganes de hielo
los pingüinos van al agua.
Puro océano en los ojos
y en el pico, pura escarcha.

Caminan muy elegantes
por las piedras congeladas:
traje negro de etiqueta
y una corbatita blanca.

Con el primer chapuzón
inauguran la mañana
y parecen bailarines
en las olas, mientras nadan.

Terminan el desayuno
que pescan con mucha maña
y duermen la siesta al sol
con las plumas despeinadas.



ARNOLDO EL ESPANTAPÁJAROS

